

Espiritualidad y solidaridad en A.L.

Marcos Villamán

A manera de introducción

Se me pidió conversar sobre la espiritualidad de la solidaridad. Lo que haré básicamente es compartir experiencias sobre lo que venimos haciendo en otros lugares acerca también de la espiritualidad como exigencia que va surgiendo hoy en muchos lugares. Dividí la presentación en cuatro puntos que me parece pueden servirnos para presentar la temática y después conversar sobre ella.

Voy a empezar haciendo una pequeña introducción acerca de la cuestión más o menos lógica. Yo tengo una preocupación inicial y es que mucha gente está hoy pidiendo que se haga espiritualidad, mucha gente está demandando el abordaje de la temática de la espiritualidad, muchos grupos andan buscando formas de expresión de lo que llaman una experiencia espiritual.

Tal vez, como toda cuestión humana, el hecho es ambiguo. La preocupación puede ser positiva, puede ser negativa, puede ser adecuada, puede no serlo. Entonces, en este contexto, creo que tenemos que preguntarnos concienzudamente por qué abordar hoy la cuestión de la espiritualidad. Realmente de dónde surge esta necesidad, si es que es una necesidad, o por lo menos de dónde surge este deseo de abordar la cuestión de la espiritualidad. Esta pregunta viene acompañada de otra: ¿será que la búsqueda de una reflexión acerca de la espiritualidad y de una práctica llamada espiritual, tendrá que ver con un deseo de evasión con respecto a lo oscuro y crudo que es nuestro presente?.

Otra manera de preguntar lo mismo es ¿será que estamos buscando un cierto refugio con respecto a lo que estamos viviendo, un refugio que nos dé cierto espacio para defendernos un poco con respecto al presente, será esto? ¿o será, ahora en positivo, que este deseo de abordar la espiritualidad es una exigencia que surge de la práctica de seguimiento de Jesús hoy en América Latina?. ¿Será pues que el seguimiento de Jesús en estas condiciones, nos pone de relieve la necesidad, la centralidad de la cuestión de la espiritualidad en esta búsqueda de seguir a Jesús siendo fieles al pueblo pobre y en el caso específico de este grupo esa fidelidad a Jesús en el pueblo que sufre, a través de la solidaridad?. Ojalá que sea esto último lo que está sucediendo, en general yo tengo la sensación de que sí, de que pasa por aquí la búsqueda de espiritualidad, aunque haya que cuidar que no sea por las anteriores razones. A mi juicio, el responder adecuadamente a estas cuestiones nos coloca en el camino correcto para abordar sanamente, digamos que cristianamente, la cuestión de la espiritualidad.

Ahora bien, hay que decir, sin embargo, que la espiritualidad constituye, en todo tiempo, un elemento central de la fe cristiana. Ella es siempre un elemento central de la fe cristiana puesto que explícita o implícitamente hay siempre presente en la experiencia de fe lo que podemos llamar una espiritualidad específica. Y esta espiritualidad siempre está marcada por el contexto en el cual se vive la fe. De esto queremos discutir ahora. Dicho de otra forma, creo que al abordar la espiritualidad, hay rasgos que nos van a venir de dos lugares importantes: de la práctica que realizamos y del contexto de esa práctica. Primero la práctica; ésta va a ser un acicate fundamental que nos va a moldear la experiencia espiritual que podemos y queremos realizar. En este caso, la práctica en la cual estamos insertos es la solidaridad. Solidaridad en específico con los más pobres, los que sufren en C.A. y otros lugares. Al mismo tiempo, además de la práctica que realizamos, el otro elemento también importante es: el contexto de esa práctica. Ese contexto puede ser favorable o no al Espíritu y a los valores que sustentan aquella práctica. El contexto muchas veces es desfavorable a la experiencia del Espíritu y a sus valores y otras veces ayuda a su vivencia. Mi impresión es que este contexto que tenemos ahora, en la región y en el mundo, nos impulsa y desafía a fortalecer nuestra experiencia espiritual, en parte, porque dicho contexto es negativo respecto a los valores que son del Espíritu.

Antes de continuar avanzando creo que sería importante ponernos de acuerdo acerca de qué estamos queriendo decir con el término espiritualidad para entonces ver: la práctica que realizamos, el contexto de ella y la espiritualidad que surge en esas determinadas condiciones como fruto del Espíritu. Veamos pues qué estamos entendiendo por espiritualidad para ponernos mínimamente de acuerdo con respecto a lo que estamos diciendo.

I. Que entendemos por espiritualidad...una primera aproximación

Al decir espiritualidad tenemos que insistir en que por ello estamos entendiendo “vivir la vida toda según el Espíritu” y, que esta experiencia fue ya realizada por Jesús en su práctica histórica.

Así pues, vivir toda la vida según el Espíritu esto es la espiritualidad cristiana. Esto significa entonces, entre otras cosas, que deberíamos dejar de lado ciertas dicotomías en las cuales hemos sido educados, y que nos enseñaron a distinguir entre lo espiritual y lo otro, lo no espiritual. En esa distinción desgraciadamente el laicado sufrió mucho porque en ella los que podían ser espirituales eran los que tenían más tiempo para la oración, dentro del espíritu expresado en la sentencia *ora et labora*; pero el laicado que estaba en el mundo suponía que entonces era pobre de espiritualidad y resultaba ser entonces una especie de cristiano de segunda y esto es problemático.

Es necesario superar esas dicotomías. Enuncio la dicotomía para que veamos que nos es muy conocida y que aún tiene vigencia. Lo espiritual se refería a: la oración, a Dios, a lo interior, a la contemplación, a las cosas del espíritu. Esto era lo que tenía que ver con la espiritualidad. En consecuencia, se nos dijo que lo no espiritual, lo otro tenía que ver con: el compromiso histórico, con el mundo, con el mundo, con lo exterior, con lo material. No que esto fuera malo necesariamente, pero sí que no era directamente parte de la espiritualidad. Yo pienso que, al decir que la espiritualidad cristiana es vivir toda la vida según el Espíritu, se rompe esta dicotomía y ambos elementos, ambas dimensiones de la vida que están aquí planteados pasan a constituir parte integrante de la experiencia espiritual. Así, la oración es parte de la espiritualidad, como también lo es el compromiso histórico.

Al plantear las cosas de esta manera, estamos retomando el capítulo 8 de la carta de S. Pablo a los Romanos en donde éste hace una distinción-contraposición muy clara: “los que viven según la carne” vs. “los que viven según el espíritu”. Para Pablo los que viven según la carne, viven toda la vida según la carne y, los que viven según el espíritu, viven toda la vida según el espíritu. Y esto así porque, para Pablo, la carne y el espíritu son dos principios en función de los cuales se ordena la vida toda y no sólo un aspecto o aspectos de ella.

Los que viven según la carne, para Pablo, son aquellos que se cierran a Dios y al Espíritu y viven simplemente según su propia voluntad y proyecto. Por eso entonces, dice Pablo, “las tendencias de la carne son muerte”. Pero los que viven según el espíritu, son aquellos que están abiertos a lo que Dios quiere, a que el Espíritu los guíe. Por eso, dice Pablo, las tendencias del Espíritu son la vida y la paz. ¿Los que están viviendo según el espíritu toda su vida cuáles frutos tienen y los que

según la carne viven cuáles producen? La vida, unos y la muerte, otros. Esta es la gran distinción, pero en ambos casos se vive, se ordena toda la vida según un principio u otro. Evidentemente, los cristianos quisiéramos vivir toda la vida según el espíritu. A veces lo conseguimos, a veces no, porque también es cierto que las tendencias -de la carne y del espíritu- para San Pablo están ambas permanente en nosotros, y están en pugna en nosotros. De lo que se trata es entonces de conseguir vencer constantemente a la carne, a través de la acción del Espíritu en nosotros.

En esta manera de entender las cosas, no se trata de negar que haya elementos que se refieren al mundo, al compromiso, a la acción, etc. No es negar, es decir que ambos tienen que integrarse en un determinado estilo de vida según el espíritu. Usted puede estar en la práctica en el mundo según la carne o según el espíritu, incluso usted puede desgraciadamente rezar según la carne o según el espíritu. Evidentemente cuando usted reza según la carne, no está rezando cristianamente, eso es cierto, pero usted puede tener una práctica supuestamente de oración y no estar haciéndolo según el espíritu. Así pues, nosotros entendemos por espiritualidad, consecuentemente, vivirlo todo según el espíritu, guiados y abiertos al Espíritu. Y esto, todas las dimensiones de la vida sin descuidar ninguna de ella, la práctica y el cultivo de la interioridad, la experiencia de Dios, la experiencia del compromiso, todo ello inspirado según el espíritu y según el paradigma que significa Jesús de Nazareth quien es conducido por el Espíritu en su práctica histórica.

Dicho esto entonces, la pregunta que tenemos que hacernos es pues *¿cómo vivir según el espíritu nuestra práctica de compromiso solidario hoy en A.L.?* Esta es la pregunta que nos estamos haciendo y que nos lleva entonces inevitablemente a un siguiente paso o a una siguiente pregunta *¿cómo entender la práctica que realizamos hoy?* Yo aquí, otra vez con mucho temor y temblor, voy a decir algunas cosas nada más, pero ustedes son los que más tienen que decir en esta práctica de la solidaridad.

II. La Solidaridad

Empezaré diciendo, con respecto a este punto, que el término solidaridad se ha prostituido. Mucha gente usa hoy este término para muchas cosas, incluso en muchos casos para ser bien anti-solidarios. Pero muchos términos que tienen una carga muy fuerte y se prostituyen no quiere decir que no tengan valor y no haya que rescatarlo para seguir usándolo en el sentido que uno quiere que signifique.

Yo creo que se puede entender la solidaridad, primero, como un compromiso con el otro más pequeño, es decir con quien está en condiciones de muerte, no de la muerte inmediata física necesariamente, pero en condiciones generales de

muerte. La práctica de la solidaridad pasa por el compromiso con ese más pequeño, con ese que está efectivamente en condiciones de muerte, que está cercano a perder la vida en sentido amplio, y que en muchos casos, ni siquiera tiene posibilidades de defenderse. Pero también, segundo elemento, la solidaridad puede ser entendida como un compromiso con el otro más pequeño en lucha por la construcción de la vida. Creo que se hace mucho de esto en este grupo está aquí. En este sentido la solidaridad se entendería como apoyo a aquellos que, desde condiciones de muerte, están luchando por construir la vida. Ya no es el pueblo pobre postrado, sino el pueblo que ha escuchado el “levántate y camina” y se coloca en condiciones de avanzar, contando y partiendo de sus propios recursos.

En este sentido, me parece que un texto evangélico ampliamente conocido nos puede ayudar a reflexionar en esta dirección, me refiero a la parábola del samaritano. En este caso voy a quedarme con dos palabras, presentes en la parábola, y que a veces se usan con connotaciones diferentes; son la palabra *compasión* y la palabra *misericordia*. Esas dos palabras, para muchos significan lo mismo y, hasta en la etimología, podrían significar lo mismo. Sin embargo, a mi parece que ambas palabras usadas diferenciadamente nos pueden servir para dar cuenta de la dinámica siguiente: creo que el término *compasión* podría estar referido más a lo interior de la persona, al nivel de las actitudes. Es la capacidad que yo tengo de dolerme con el dolor de mi hermano, esa capacidad de compadecer, de padecer con aquel que padece. Esta sería más la *compasión*. Se refiere más a la interioridad, dirían algunos a la fineza espiritual de dolerse con el que sufre.

Hay mucha gente que no es capaz de hacer eso, hay gente que no es capaz de dolerse con el que está sufriendo. Yo siempre digo que cuando uno ve en la calle a un niño que está limpiando zapatos, un bolero en la calle desnudo sin camisa, con el estómago crecido, cuando uno ve eso y no se compadece, definitivamente le falta fineza espiritual. Y si esto no es un ingrediente que está permanentemente presente en la persona, difícilmente puede ser uno solidario. Hay pues un primer movimiento y consiste en esa capacidad de dolerse con el otro que produce en nosotros eso que algunos teólogos han llamado “indignación ética” por lo que está sucediendo; yo creo que la *compasión* se refiere y expresa este dato. Es por ello que en la parábola en cuestión la motivación profunda de la acción del samaritano es la “*compasión*” (Lc. 10, 33).

La *compasión* es, pues, una dimensión fundamental de la vida cristiana. Ahora combinando las palabras, podemos decir que esa *compasión* tiene que dar paso a la *misericordia*. *Misericordia* que significa también poner el corazón con los miserables, tener el corazón con aquel que está en la miseria. Pero la *misericordia* pudiera indicar más la práctica consecuente con la *compasión* que sentimos. Así,

bíblicamente a Dios se le llama el misericordioso. Aquel que se manifiesta en la historia como misericordioso cuando escucha al oprimido y baja a tomar partido por él. Entonces, esta misericordia es justamente la práctica del amor de justicia con aquél que está sufriendo y de quien yo me conduelo. El final de la parábola creo que apunta en esta dirección: “¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?” La respuesta: “El que practicó la misericordia con él”. Y acto seguido, la invitación de Jesús: “vete y haz tú lo mismo”. (Lc. 10,36-37).

Me parece que la solidaridad tiene que ver justamente con esa compasión hecha misericordia. Hecha misericordia en el compromiso con los que están sufriendo. Podemos decir que la solidaridad es una práctica y una actitud -esto nos permitirá poder llegar después a entroncar con la espiritualidad-; es la práctica de la misericordia movida por actitudes de compasión.

Pero hay también que quitarle a estas dos palabras connotaciones demasiado intimistas, que también las han prostituído. Se entiende, en muchos casos, que la misericordia es contemplar al que sufre, dolerse, pero sin pasar a hacer más nada, igual la compasión. O se entiende simplemente como una práctica asistencial, hay que quitar los repuntes de esa connotación y pasar a una comprensión más bíblica de compasión y misericordia como una actitud de dolor con el hermano y una práctica consecuente, justamente como Dios es misericordioso por ser compasivo.

En consecuencia con lo anterior, si no hay el cultivo de la actitud difícilmente hay prácticas en ese sentido. Es necesario, pues, cultivar actitudes que se convierten en prácticas. Si no hay un cultivo de estas actitudes compasivas -y otras más-, las prácticas van a ser en otro sentido. Lo que es más todavía, puede ser que estemos inmersos en prácticas aparentemente misericordiosas o solidarias, pero si no cultivamos las actitudes de que hemos hecho mención, probablemente esas prácticas se van quebrar. No resistiremos mucho tiempo en esas prácticas, porque no hay sostén interior para ellas. Entonces yo creo que, hoy por hoy, cuando hablamos en general de espiritualidad, estamos en parte queriendo decir la necesidad de un cultivo de estas actitudes que son fruto del Espíritu para poder realizar las prácticas de la misericordia que también son prácticas posibilitadas por la acción y la fuerza del Espíritu en nosotros.

Hoy por hoy, me parece que parte de la exigencia de la reflexión sobre la espiritualidad tiene que ver con la experiencia de los militantes que en el presente estamos caminando cuesta arriba en este compromiso y estamos necesitados, casi urgidos, de esta experiencia espiritual para poder mantenernos en esa cuesta que es tan difícil en nuestro contexto actual. Creo que eso es parte de nuestras

demandas hoy y tiene que ver con lo que decíamos antes, con respecto a la realidad de A.L. y pasamos entonces en este sentido a un segundo punto. Es ver cómo esta práctica de solidaridad se da en un contexto específico y cómo este contexto le es adverso. Lo que estamos viviendo en A.L. como valores, como cultivo de actitudes no está enfocado al incentivo de la solidaridad.

III. El contexto de nuestras prácticas

Ya hemos visto hace bastante rato con respecto a la realidad de A.L., pero yo quisiera nada más señalar lo siguiente: el contexto actual, el ambiente que estamos hoy olfateando en A.L. es un poco de desánimo, un poco de cansancio, un poco de falta de entusiasmo por las dificultades históricas que estamos experimentando en el continente con respecto a los proyectos emancipadores. Este cansancio tiene que ver también con lo que decíamos antes acerca de los esfuerzos que hay que hacer para sobrevivir. Hoy la gente, supongo que en México es igual, pero en mi país la gente tiene tres, cuatro, cinco trabajos para sobrevivir. Eso produce ciertos cansancios, no es fácil moverse todo el día, de seis de la mañana a ocho de la noche buscando la comida suya y de sus hijos, y seguir después un ritmo de compromiso que muchas veces demanda la militancia, es duro.

Pero también, en otro nivel, hay cansancio, falta de entusiasmo por ausencia de claridad con respecto al hacia dónde vamos. Pensemos otra vez en comparación con los años setentas. En los setentas, las cosas eran relativamente claras o quizá, en algunos casos, demasiado claras y así, entonces, el entusiasmo era grande. Hoy no hay tantas claridades como antes y la incertidumbre se hace presente como un elemento de nuestra realidad que afecta el ambiente general de la práctica de los cristianos y de todos aquellos comprometidos en la causa de la justicia. Otro elemento que me parece importante para dar cuenta de este cansancio, de esta falta de entusiasmo, es la ofensiva neoliberal y sus implicaciones. A este respecto hay que decir que el neoliberalismo es, además de una propuesta económica, también una propuesta cultural, una respuesta ideológico-cultural que tiene su lógica y sus valores. Lógica que tiene en su centro el individualismo. Esto se está proponiendo hoy en A.L. En esta cultura neoliberal, en esta lógica neoliberal, los elementos que están ahí presentes como lo que se quiere, como lo que se valora, como lo que da prestigio son: el éxito entendido siempre económicamente, es la lógica del éxito, la lógica de la eficiencia, la lógica del mercado: si tienes eficiencia y compites bien, tendrás éxito.

Sin embargo, competir siempre nos lleva, en esta lógica del mercado, irremediablemente a provocar la muerte del hermano. Esta lógica en la que estamos

inmersos genera un ambiente que no es propicio para la práctica solidaria. Cuando digo esto, no quiero decir con ello que no se puedan realizar prácticas solidarias, digo que el ambiente es hostil, y por consiguiente, que se nos va a demandar un armazón espiritual para poder trabajar y mantenernos en esta práctica solidaria.

De aquí paso a un siguiente punto que me parece muy importante con respecto a esto que venimos planteando. Esta falta de claridad respecto del hacia dónde vamos, esta falta de proyectos a los cuales apostar claramente y estas propuestas neoliberales aparentemente exitosas plantean una dificultad para todos, pero sobre todo para los más jóvenes, que yo plantearía de la siguiente manera: se hace cada vez más cuesta arriba la posibilidad de construir las biografías según los valores evangélicos. Me explico. Toda persona humana tiene que construirse como ser humano, y para eso lo que vamos haciendo es diseñar nuestra vida en función de determinados valores. Esos valores, a su vez, están apoyando o pariendo proyectos, esto es lo que hacemos. Y cuando hay el llamado proceso educativo -en cristiano vamos a decir educativo y evangelizador- en el cual nos incluimos, lo que estamos haciendo es proponiendo una lógica evangélica, con sus valores específicos, en función de un proyecto -Reino de Dios- al cual dedicar nuestra vida y con respecto al cual orientar, diseñar nuestra biografía personal.

En el contexto actual, esto no es tan fácil. Hoy se nos hace más difícil la posibilidad de un diseño de biografías según valores evangélicos que estén a la base de proyectos históricamente viables. Y repito, esto sobre todo, a mi juicio para los más jóvenes. En Dominicana, se percibe a los más jóvenes inmersos en esta lucha, bombardeados por la lógica neoliberal pero, al mismo tiempo, tensionados porque en la parroquia, en la comunidad, en el movimiento, etc, están oyendo que esos valores no son acordes al Evangelio. Entonces están en una lucha permanente que les dificulta construir con cierta tranquilidad sus biografías.

Y por fin, como parte de este contexto adverso, dentro de la Iglesia estamos experimentando el llamado invierno eclesial. Tampoco a nivel eclesial tenemos estos incentivos para los proyectos en los cuales creemos y cuyas intuiciones aún mantenemos.

Desafíos a la práctica y a la espiritualidad

En síntesis, yo creo que la actual es una situación adversa a los valores del Reino de Dios y a la causa de los Pobres. Paso entonces a plantear el último punto: Desafíos para la Práctica del Reino y para la Espiritualidad en esta situación adversa a los valores del R. de D. y a la causa de los pobres. Será reflexionar acerca de cómo en este contexto con una práctica de solidaridad que está así dificultada pero afirmada, cuáles desafíos se presentan a esa práctica y a la espiritualidad.

Desafíos a la práctica

Yo creo que cinco puntos nos sirven para iniciar esta reflexión acerca de los desafíos que se presentan a nuestra práctica. Los planteo así muy rápidamente y aunque aparezcan como algo muy simple, yo entiendo que son exigencias muy duras.

Primero, no cejar y apostar a largo plazo. No cejar significa no dejarse, no desmayar. Y para hacer posible esto es necesario apostar a largo plazo, haciéndonos capaces de ver más allá.

Segundo, sin embargo, reconocer la rudeza del presente y la ausencia de alternativas globales. No tenemos alternativas globales en este momento. Tenemos que reconocer eso, no para decaer sino para ser veraces, diría Sobrino, para ser honestos con la realidad. En el presente nos encontramos con un déficit de proyectos alternativos globales.

Tercero, a pesar de este reconocimiento, mantener el compromiso con los más pobres, en este caso la solidaridad con los más pobres, que estén en condiciones de muerte, con los que están luchando por construir la vida, en el caso más específico de este grupo se trata, por ejemplo, de las luchas de los pueblos de C.A.

Cuarto, descubrir las nuevas formas de presencia y lucha que van surgiendo. Esto también es muy importante, el reconocimiento de los nuevos sujetos o actores sociales, las nuevas formas de lucha, los nuevos horizontes. Descubrir-reconocer también las nuevas reivindicaciones que van apareciendo. Llegados a este punto quisiera plantear que no se trata solamente de dar esperanzas, sino de aprender a descubrir la esperanza. ¿Qué quiero decir? Quiero decir y digo que hay muchísima esperanza en muchísimos lugares que no alcanzamos a ver, y no la alcanzamos a ver porque estamos en otra lógica, estamos enchufados en otra frecuencia, estamos queriendo leer el presente con las mismas categorías anteriores, entonces no alcanzamos a verlo como novedad que va irrumpiendo. No alcanzamos a ver. Pero si somos capaces de ver la realidad con categorías nuevas, alcanzaremos a descubrir la esperanza, que está ahí germinando incluso en nuestras propias prácticas. Evidentemente esto sin caer en una lectura ingénua del presente y, como decíamos antes, asumiendo la apuesta a largo plazo.

Yo creo que hace falta esa capacidad de, aceptando la dureza del presente, aceptando la ausencia de proyectos globales, descubrir la esperanza en ese compromiso con los más pobres, esas prácticas nuevas que se van generando y que representan en muchos casos una lógica alternativa en pequeño. Es, otra vez, la lógica alternativa del grano de mostaza, que lentamente va germinando no sólo como propuesta para el futuro -también esto- sino también como camino de acción y solución para el presente. Esto me parece que es muy importante.

Quinto, entonces, avanzar hacia lo nuevo sin nostalgias negativas. Avanzar hacia lo nuevo, avanzar, recordemos el texto bíblico referido a la mujer de Lot que al mirar hacia atrás se convirtió en estatua de sal. Y es que hacia atrás no hay nada más que la experiencia, pero la ruta es hacia adelante. En el querer ir hacia atrás está la petrificación, hacia adelante está justamente el desafío que Dios nos hace. Dios llama Abraham a salir hacia adelante, al lugar que El le va a indicar. Abraham armado de la fe responde saliendo y caminando hacia adelante, en la confianza y en la obediencia a ese Dios que le llama. Igual pasó a Israel en el desierto, la tentación fué: volvamos a las cebollas que están en Egipto, es decir, atrás. La tentación es siempre, ante lo novedoso, ante lo que nos exige responsabilidad y creatividad, volvernos hacia atrás. Se trata, pues, de vencer la tentación y avanzar hacia lo nuevo, sin nostalgias petrificadoras. Evidentemente no es que lo nuevo esté ya creado, tenemos que crear nosotros lo nuevo, lo nuevo no está dado, tenemos que avanzar creándolo. Y no cualquier realidad nueva-evitando así repetir la llamada metafísica del progreso-, sino aquella novedad que tiene como referencia los nuevos cielos y la nueva tierra.

Para esto es central, retomando algo que decíamos hace un rato, no ver el presente como algo cerrado, Cuando yo veo este presente como algo cerrado, me inmovilizo. Se impone entonces aceptar que la realidad yo puedo irla cambiando y creando nuevas realidades. Esto significa asumir la realidad yo puedo irla cambiando y creando nuevas realidades. Esto significa asumir la realidad como preñada de posibilidades y no asumir lo real como lo sólo existente. Tenemos que aprender a ver esa preñez y esas posibilidades y ver nuestra acción entonces como partera y creadora con respecto a esas posibilidades.

Una espiritualidad consecuente

Ahora para hacer realidad estos cinco puntos, hace falta una espiritualidad consecuente. Creo, de nuevo, que hay cuatro o cinco palabras que nos ayudan a caracterizar esta espiritualidad, las digo rápidamente y después las trabajamos poco a poco: la resistencia, el realismo, la creatividad, la alegría y la esperanza. Para mí se trata de construirnos como sujetos según esos elementos, de apuntalar nuestras biografías con estos datos. El Evangelio puede seguir siendo una propuesta válida para las personas y para que ordenemos nuestras vidas también hoy, en función de él. Yo pienso que de los elementos que aporta el Evangelio, estos cinco son fundamentales, en nuestro contexto, para conformar esa espiritualidad que necesitamos.

Resistencia, realismo, creatividad, alegría y esperanza. Yo pienso que estos elementos pueden permitir una perseverancia en la práctica solidaria y creo que, de lo contrario, el quiebre nos va a seguir golpeando. Vamos ahora a ver algunas condiciones que nos permitirían, a mi juicio, construir y vivir estos elementos indicados.

Yo creo que un primer elemento de una espiritualidad que se ordena a la construcción -personal y comunitaria- de aquellos cinco elementos es el recuerdo permanente de la memoria de Jesús. Nos hace falta contemplar esa práctica, recordar la práctica de Jesús, permanente, y ver en Jesús justamente la solidaridad vivida como compasión y misericordia. Así vive Jesús su vida, por eso es capaz de juntarse con el niño, de acoger a la mujer, de ir con los más pobres, aceptar al leproso, etc. Es una práctica histórica que debemos contemplar. En ella hay valores específicos que fundamentaron la vida de Jesús y deben fundamentar las nuestras, en este caso compasión y misericordia. Y hacer esa contemplación en confrontación con un presente como el que tenemos ahora presente que se burla de la realidad de los débiles, porque a este presente los débiles y la debilidad le caen mal. Solo le caen bien los fuertes, por eso la competencia está en el centro de su lógica, y en ella triunfa el más fuerte. Recordar a Jesús de Nazareth en este contexto, contemplar su práctica histórica como una práctica de compasión y misericordia que realiza con respecto a los más débiles, ayuda a construirnos a nosotros como individuos, como personas en esa misma dirección.

Segundo, yo creo que un elemento importante en esta construcción de la espiritualidad es poder descubrir y afirmar la estructura de la fe que aparece en la pascua de Jesús y enseguida paso a plantear este asunto. ¿Cuál es esta estructura? Jesús tiene una práctica de compasión y de misericordia, y la mantiene porque cree que el futuro será un futuro de Dios en donde reinará la Justicia y el Amor. Pero Jesús no sabe cuándo, lo que es más, Jesús se muere, se muere está mal dicho, Jesús es asesinado y muere creyendo que el futuro será de Dios, pero sin saber con certeza qué está pasando con su esperanza. La única certeza de Jesús es que su Padre no lo abandonará, sin saber tampoco la forma de este "no abandono". Por demás, ésta es una certeza basamentada únicamente en la fe vivida como confianza en su Padre.

La estructura de la fe que aparece ahí es la capacidad de mantenerse en el compromiso, la obediencia a Dios, que se manifiesta evidentemente en la construcción de la vida de los más pobres, confiando en el futuro de Dios. En este sentido, es un creer en ese Dios y en su promesa. Esperar en ese Dios y en el cumplimiento de eso que Dios ha prometido, viviendo el presente como apuesta en esa dirección. Esto suena fácil, pero es muy difícil. Creo en Dios, creo en su promesa, creo que El va a cumplir y vivo esto como una apuesta. Se vive como apuesta porque no hay

certezas definitivas. La misma fe testimoniada en el Evangelio, en las cartas, es una fe que se afirma en ausencia de certezas, por eso es un “esperar contra toda esperanza”. Es así como se cree en cristiano. Es una fe que se afirma sobre la base de la confianza en el Dios de Jesús.

Y Dios le responde a Jesús con la resurrección. La estructura de esta fe tenemos que recuperarla en este momento y hacerla nuestra. Hacerlo nos va a ayudar a poner las condiciones de poder seguir avanzando.

Yo pienso que viviendo de esta manera, asumiendo estos elementos de la fe que aparecen en la pascua del Señor, nos capacitamos a creer, a esperar, a actuar. Y esto nos lleva entonces a actuar en el presente transformando lo que tenemos según nuestras posibilidades. Transformando el presente, como también hizo Jesús. Jesús transformó el presente tal como pudo, y según entendió en ese momento. Y lo hizo apostando a que esa acción que él hacía estaba (apuntando) al reinado de su Padre.

Diría que, en síntesis, se trata de vivir hoy la resurrección de Jesús y nuestra resurrección. En este sentido hay que negarse a la propuesta presentista -neoliberal y postmoderna-, que ya Pablo sin conocerla denuncia. En Pablo, ante la posibilidad de un presente sin futuro -sin resurrección- la única reacción posible es el comamos y bebamos que mañana moriremos. Esa respuesta es muy grave y hay que negarse a ella, apostando porque este presente tiene futuro, no está cerrado, y hacer eso justamente recuperando la fe que descubrimos en la práctica de Jesús y en su Pascua.

Ahora para hacer esto, tercer punto de la espiritualidad, hace falta el cultivo de la oración y la contemplación, si esto no se cultiva no es posible hacer todo lo otro. Aquí rápidamente digo lo siguiente, la realidad es opaca, conocemos esto por muchas vías, v. gr. las ciencias sociales, esta realidad no permite ver el sentido como tal, eso no es posible, ella oculta lo que es el sentido de la historia y de la vida. La única posibilidad de romper esa opacidad y descubrir el sentido es orando nuestra práctica y pidiendo la gratuita revelación de Dios. No hay más alternativa. Es buscando más allá de lo que se ve. Para los cristianos, esa búsqueda de sentido tiene que ver con la experiencia de Dios, con la oración como contemplación de Dios, como contemplación de la práctica de Jesús, como contemplación de la propuesta Reino de Dios, así descubrimos justamente lo que la realidad oculta...el fundamento primero y último en ese Dios Padre de Jesús.

Tenemos que orar lo que creemos y esperamos, para poder justamente irnos convirtiendo permanentemente a ese creído y esperado. Esto significa simplemente permitir que Dios nos siga hablando, y el Espíritu nos siga conduciendo. Y esto se

realiza por la práctica de la misericordia y por la práctica de oración y la contemplación. Es así como Dios nos habla y el Espíritu nos conduce. En este punto la memoria de los místicos nos ayudan mucho para vivir el presente invitándonos a asumirlo como noche oscura, pero con un futuro que es de Dios.

Y por fin número cuatro, por el camino anterior yo creo que tenemos que construimos una interioridad, yo digo una contextura interior que esté moldeada por estos valores que hemos indicado.

A mi juicio aquí está una de las, creo yo, mayores intuiciones de la demanda de la espiritualidad, a saber, la necesidad de construimos una contextura interior que sea acorde con estos valores. San Pablo nos habla de la necesidad de armarnos para poder acabar el combate sin perder terreno. Es justamente eso, así como cuando usted va hacer una casa, edificio, usted construye una serie de andamiajes que después le permiten echar el cemento. Exactamente es eso; es ser capaces de construimos una contextura interior que pueda mantener, sostener nuestras prácticas. Esa contextura interior tiene que ser construída con los valores del Reino de Dios, a través de la práctica misma y de la oración-contemplación. Sin esa contextura interior, es imposible mantenernos hoy en prácticas solidarias en este contexto adverso.

Construimos como individuos, como personas, en esa dirección en función de aquellos valores que aparecen y están presentes en la práctica de Jesús y pueden ser vividos por la fuerza del Espíritu. Sólo con la apertura al Espíritu podemos vivirlo. Yo creo que estos elementos pueden permitirnos la construcción de una espiritualidad consecuente en el contexto de hoy.

(De la revista *CRIE -Yosemite* 45 Col. Nápoles, C.P. 03810 México 18 D.F.-
Nº 100-101 1991 pp.2-7)

*De una sola vez se va nuestra vida.
En un día nos vamos, en una noche bajamos,
a la región del misterio.
Aquí hemos venido nomás a conocernos.
Sólo estamos de paso en la tierra.*

*En paz y placer pasemos la vida.
Venid y gocemos.
Que no lo hagan los que viven enojados:
ancha es la tierra.
Ojalá viviera siempre,
ojalá nunca tuviera que morir.*

*Mientras vivimos, con el alma rota,
aquí nos acechan, aquí nos espían.
Pero a pesar de las desdichas,
a pesar de las heridas del alma,
no hay que vivir en vano
Ojalá viviera siempre,
ojalá nunca tuviera que morir.*

DEL CANTO NAHUALT SOBRE LA VIDA EFIMERA